

Ra Ximhai

Revista de Sociedad, Cultura y Desarrollo
Sustentable

Ra Ximhai
Universidad Autónoma Indígena de México
ISSN: 1665-0441
México

2013

LA SOCIOLOGÍA DE LOS INTELLECTUALES: UNA TAREA PENDIENTE EN MÉXICO

Alberto Valdés-Cobos; Teodora Hurtado-Saa y Rocío Rosas-Vargas

Ra Ximhai, enero - abril, año/Vol. 9, Número 1

Universidad Autónoma Indígena de México

Mochicahui, El Fuerte, Sinaloa. pp. 153-171.



e-revist@s

LA SOCIOLOGÍA DE LOS INTELLECTUALES: UNA TAREA PENDIENTE EN MÉXICO

THE SOCIOLOGY OF THE INTELLECTUAL ONES: A HANGING TASK IN MEXICO

Alberto Valdés-Cobos¹; Teodora Hurtado-Saa²; Rocío Rosas-Vargas³

¹ Profesor-investigador del Departamento de Estudios Culturales, Demográficos y Políticos, Universidad de Guanajuato, campus Celaya-Salvatierra. ² Profesora-investigadora del Departamento de Estudios Culturales, Demográficos y Políticos, Universidad de Guanajuato, campus Celaya-Salvatierra. ³ Profesora-investigadora del Departamento de Estudios Sociales, Universidad de Guanajuato, campus Celaya-Salvatierra.

RESUMEN

¿Existe una sociología de los intelectuales en México? ¡Definitivamente no! Lo poco que se ha escrito sobre esta categoría social aún no adquiere el carácter de especialización sociológica. Está de más decirlo, pero lo que se ha escrito sobre los intelectuales (biografías, ideologías, funciones y relaciones con los poderes fácticos) ha correspondido a otras disciplinas. En México, predominan dos tendencias sobre el estudio de los intelectuales: en primer lugar, el escrutinio de la relación que éstos han mantenido con el *Príncipe* en la historia y la ciencia política; la otra tendencia, o periodismo cultural, ha privilegiado el examen biográfico de los intelectuales. El objetivo de este trabajo consiste en examinar las representaciones, transformaciones, nichos de trabajo y “muertes” de la intelectualidad, y de los intelectuales mexicanos en particular, pues al revisar la retícula de los programas de licenciatura y posgrados de sociología que se imparten en el país encontramos que las líneas de investigación relacionadas con el campo de la sociología de los intelectuales brillan por su ausencia: he aquí la importancia de este trabajo para las ciencias sociales, y para la sociología en particular. Cabe destacar que este trabajo se basó en la revisión documental sobre la temática en cuestión.

Palabras clave: sociología de los intelectuales, representaciones, transformaciones, intelectuales mexicanos.

SUMMARY

Is there a sociology of intellectuals in Mexico? Definitely not! What little has been written about this social category still does not acquire the character of sociological expertise. It is appropriate to say it, but what has been written about the intellectuals (biographies, ideologies, functions and relations with the powers that be) has corresponded to other disciplines. In México, dominated two trends on the study of intellectuals: firstly, the scrutiny of the relationship they have had with the Prince in history and political science; another trend, or cultural journalism, has privileged the biographical review of intellectuals. The objective of this work is to examine representations, transformations, niches of work and "deaths" of the intelligentsia, and Mexican intellectuals in particular, because a review the reticle of the programs of undergraduate and graduate programs in sociology taught in the country you will find lines of research related to the field of the sociology of intellectuals are conspicuous by their absence: here is the importance of this work for the social sciences, and sociology in particular. Should be noted that this work was based on the document review on the topic in question.

Keywords: sociology of intellectuals, representations, transformations, mexican intellectuals.

INTRODUCCIÓN

La idea de plantear una *Sociología de los intelectuales* en universidades y centros de investigación en México podría cobrar una relevancia inusitada. Dicha relevancia tiene su razón de ser en las transformaciones que han experimentado las universidades, centros de investigación e instituciones culturales que dan cobijo a los intelectuales (escritores, artistas y científicos) en un contexto neoliberal y posmoderno que amenazan la autonomía, el espíritu crítico y el *ethos* humanista de un actor social clave en la configuración de la modernidad y sus instituciones. Sin embargo, ¿se justifican los intelectuales cuando se mercantiliza el discurso autorreferencial de la modernidad que les dio origen?, ¿Qué metamorfosis experimentan a principios del siglo XXI?, ¿Qué tipo de relaciones mantienen con el *Príncipe* y la plutocracia?, ¿Cómo reaccionan ante la fragilidad y limitaciones de la democracia mexicana?, ¿Ayudan a la sociedad a hablar de sus problemas y a facilitar las deliberaciones públicas o promueven un falso consenso complaciente?, ¿Cómo se diferencian del tecnócrata? Retomando los aportes de sociólogos como Pierre Bourdieu o Charles Wright Mills, por ejemplo, la propuesta de una sociología de los intelectuales *a la mexicana*, se justificaría porque incorporaría no sólo las perspectivas del periodista cultural, del historiador o del politólogo, sino también de una diversidad de teorías y metodologías sociológicas.

El objetivo de este trabajo consiste en examinar las representaciones, transformaciones, nichos de trabajo y “muertes” de la intelectualidad, y de los intelectuales mexicanos en particular, pues al revisar la retícula de los programas de licenciatura y posgrados de sociología que se imparten en el país encontramos que las líneas de investigación relacionadas con el campo de la sociología de los intelectuales brillan por su ausencia: he aquí la importancia de este trabajo para las ciencias sociales, y para la sociología en particular. En este artículo, exploraremos, en primer lugar, algunas de las representaciones sociológicas y visicitudes históricas más comunes de los intelectuales. A continuación, examinaremos las transformaciones de espacios como la universidad, el mercado, la televisión y los medios de comunicación donde suelen desarrollan su *modus vivendi*. Finalmente destacaremos las imposturas y necropsias de la intelectualidad mexicana detectadas por algunos autores provenientes de los campos del periodismo cultural, la historia y el análisis político.

Representaciones sociológicas de los intelectuales

Las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, Persia, China, Egipto, Fenicia, Grecia, Roma y Mesoamérica ofrecen un abanico representativo del estatus e infinidad de funciones que desarrollaban los intelectuales en esas sociedades “premodernas” en calidad de sacerdotes, consejeros, adivinos, profetas y científicos. Los intelectuales no surgen en Grecia (con el arquetipo de Sócrates defendiendo su verdad frente a una Atenas que lo condena a tomarse la cicuta) como supone la versión eurocéntrica: el logocentrismo occidental hace un mal favor a la sociología histórica del estamento que ocupa estas páginas. Los intelectuales, en el sentido amplio de la palabra (no sólo como críticos del poder) están presentes en calidad de brujos, chamanes, místicos, filósofos, artistas y científicos en todas las sociedades estratificadas: simples, subdesarrolladas, modernas y posmodernas.

El sociólogo norteamericano Charles Wright Mills (1972) entendía por *intelectuales* a “científicos y artistas, sacerdotes y catedráticos; comprendo a aquellos que representan al intelecto humano, a aquellos que forman parte del gran discurso de la razón y la indagación, de la sensibilidad e imaginación que en occidente comenzó en Jerusalén, Atenas y Roma, y ha venido desarrollándose en forma intermitente desde entonces. Son la memoria organizada de la humanidad, y tal aparato ha sido creado y es sostenido por ellos. Justifican ideas de autoridad o las critican” (Mills, 1972:23). Por su parte Sygmunt Bauman (1997), señala que el colectivo intelectual es de origen relativamente reciente:

“en los comienzos, el nuevo término fue un intento de recuperar la unidad de hombres y mujeres de muchas condiciones sociales ampliamente diferentes, que en otras circunstancias muy improbablemente se reunirían, y menos aún cooperarían, en la consecución de sus tareas profesionales: científicos, políticos, escritores, artistas, filósofos, arquitectos, ingenieros de alto rango. Como lo insinuaba vagamente el nuevo término, el elemento unificador era el papel central desempeñado por el intelecto en todas estas ocupaciones (...) de considerable interés sociológico, y digno de un estudio separado, es el hecho de que tal comunidad de estatus y objetivos se postulara en un momento en que la primitiva unidad de la *Razón* ya se encontraba en un estado de avanzada desintegración. La inflexible separación de los discursos científico, moral y estético fue uno de los rasgos centrales de la modernidad” (Bauman, 1997: 35,36).

Pocos términos son tan imprecisos y ambiguos como los de intelectual e intelectuales. Su sola mención suscita debates y controversias tanto sobre su significado como sobre su evaluación. ¿Quiénes son intelectuales?, ¿Los filósofos, artistas (pintores, escultores, escritores, músicos, cineastas), científicos (biólogos, físicos, astrónomos, economistas, sociólogos, antropólogos), académicos o los clérigos?, ¿Quiénes entran o no entran en el *concepto-sombrilla* de intelectuales?, ¿Existe una tipología sociológica sobre los intelectuales?

Puesto que estamos ante un estamento elástico, no han sido pocos los sociólogos que han tratado de acotar o extender el calificativo de intelectual a una diversidad de oficios ajenos al trabajo físico y agotador que suele caracterizar a otros estratos de la sociedad como los campesinos y obreros. Así, algunos autores han definido a los intelectuales como hombres que viven más bien *para las ideas*. Sociológicamente no se ha dudado en agrupar bajo el término de intelectuales a todos aquellos que tienen una educación universitaria o todos aquellos que crean, distribuyen y aplican la *cultura*; es decir, el mundo o *campo simbólico* del hombre, donde se incluye el arte, la filosofía, la ciencia y la religión. En ese sentido la clásica definición tradicional de Julien Benda sigue teniendo validez:

“los intelectuales son todos aquellos cuya actividad esencialmente no es la persecución de fines prácticos; todos aquellos quienes buscan obtener su alegría en la práctica de un arte, una ciencia o una especulación metafísica, en resumen, en la posesión de ventajas espirituales, y que por consiguiente de alguna manera dicen: mi reino no es de este mundo” (citado por Coser, 1980:9).

El sociólogo norteamericano Lewis Coser (1980), por ejemplo, llama la atención a la hora de señalar quien debería entrar o no al reino de los intelectuales: no todos los hombres salidos de una academia son intelectuales, ni lo son todos los miembros de las profesiones. El intelecto, tal como se distingue de la inteligencia requerida en las artes y en las ciencias supone una capacidad de sacar de la experiencia inmediata, un móvil que va más allá de las tareas pragmáticas del momento, un compromiso con los valores comprensivos que trascienden las implicaciones profesionales o de ocupación. El intelecto es el ángulo crítico, creativo y contemplativo de la mente. Mientras que la inteligencia trata de aprisionar, manipular, reordenar y ajustar, el intelecto examina, pondera, se admira, teoriza, critica e imagina (Coser, 1980:10).

Coser distingue entre *intelecto omnicomprendivo-axiológico* e *inteligencia pragmático-manipuladora*, distinción que presenta paralelismos con las de *intelligentsia e intelectuales* de Alvin Gouldner (1985) e *ideólogos y expertos* de Norberto Bobbio (1998). Para Coser los intelectuales son guardianes de ideas y fuente de ideologías; sin embargo, a diferencia de los eclesiásticos medievales o de los propagandistas y políticos fanáticos modernos, al mismo tiempo tienden a cultivar una actitud crítica; tienden a escudriñar las ideas y supuestos recibidos de su tiempo. Son ellos los que piensan de otro modo, los que perturban la paz intelectual. Así pues, los intelectuales no sólo son un enigma para los ciudadanos comunes, sino que también los irritan. Sin embargo, sin ellos, la cultura moderna sería difícil de concebir. Si los técnicos y expertos mentales – sus parientes lejanos-- fueran a apoderarse del campo que ahora ocupan los intelectuales, la cultura moderna probablemente perecería por osificación. Sin intelectuales que desafien las rutinas establecidas y las tradiciones del eterno ayer –hasta cuando mantienen las normas y articulan nuevas demandas-- nuestra cultura pronto sería una cultura muerta (Coser, 1980:12,13).

Al igual que el dictamen habermasiano de la modernidad (como separación de los discursos científico, moral y estético) y la genealogía baumaniana del intelectual occidental, Coser sostiene que sólo el mundo moderno presenta las condiciones institucionales para que surgiera un grupo de intelectuales conscientes, un conglomerado que surgió en el siglo XVII. Son un fenómeno moderno, y fueron reconocidos con el comienzo de la historia moderna. Estamos frente a la modernidad occidental de los últimos cuatro siglos, como la cuna de los intelectuales como los conocemos hasta ahora.

Sólo después de que se desplomó el rígido edificio de la sociedad medieval; después de que el Nominalismo, la Reforma y el Renacimiento habían fragmentado el unificado panorama mundial de la iglesia; después de que los grupos religiosos, los poderes seculares y los sistemas políticos comenzaron a competir por la lealtad de individuos que ya no estaban ligados a sus ataduras tradicionales; después de que las nuevas clases empezaron a hacer su entrada en un escenario social previamente dominado por los defensores de la tradición feudal, los hombres de ideas empezaron a

encontrar condiciones favorables para el nacimiento de un estrato consciente de intelectuales como un *ethos* peculiar y un sentido de vocación (Cosser, 1980:13).

Ahora bien, ¿Cómo surgen los intelectuales en el contexto de la universidad occidental?, ¿Qué papel juega la distancia crítica frente al poder como elemento definitorio de los intelectuales?

Para el sociólogo e historiador Francisco Paoli Bolio (2002) el surgimiento de los intelectuales, como protagonistas sociales importantes, es apuntalado por sus vínculos crecientes con el poder político, sea para su justificación o para la crítica a quienes lo ejercen. Al final de la Edad Media el poder no estaba secularizado, sino que lo ejercían príncipes y señores feudales, junto con las jerarquías eclesiásticas. Había una concepción teocrática del poder que vinculaba a unos con otros y que inspiraba su forma de organización. A partir del siglo XIII se va desarrollando el trabajo de los intelectuales que son en gran proporción profesores e investigadores tempranos. Su ubicación privilegiada es el ámbito urbano de las universidades, que emerge de espacios conventuales. Las universidades y los intelectuales pasan a formar parte de un orden corporativo que desarrolla su lógica propia, la cual se va a prolongar hasta nuestros días en diversos aspectos. Desde entonces se plantean las bases y se van abriendo espacios, para lo que después se ha llamado autonomía universitaria:

“Le Goff explica que las universidades adquieren esa autonomía en una lucha doble, contra el poder eclesiástico y contra el poder de los señores y príncipes de las postrimerías del medioevo. Ambos detentadores del poder, finalmente aceptan esa condición y se convencen de que las universidades son una fuente de aprovisionamiento de consejeros y funcionarios útiles para las tareas que ambos poderes deben desarrollar” (citado por Paoli, 2002:15,16).

Los intelectuales del Renacimiento y de épocas posteriores, desarrollan una *conciencia*, que si bien no siempre los lleva a romper con quienes ejercen el poder, si les permite en general tomar cierta distancia de ellos, con lo cual incluso se convierten en apoyos verdaderamente útiles de la actividad política en general y, específicamente, de los dirigentes políticos. Esa *distancia crítica* es un elemento fundamental, definitorio de los intelectuales como categoría social crecientemente reconocida en las sociedades modernas, que asume papeles específicos, cada vez más necesarios para su funcionamiento y desarrollo. Esa distancia tiene grados, pero se requiere que los intelectuales tomen siempre alguna posición significativa, para analizar y diagnosticar sobre diversos aspectos de interés general de la realidad social y política (Paoli, 2002:20).

El escritor Gabriel Zaid (1997) define al intelectual como el escritor o científico que opina en cosas de interés público con “autoridad moral entre las elites” y... *no son intelectuales*: a) los que no intervienen en la vida pública; b) los que intervienen como especialistas; c) los que adoptan la perspectiva de un interés particular; d) los que opinan por cuenta de terceros; e) los que opinan sujetos a una verdad oficial (política, administrativa, académica, religiosa); f) los que son escuchados por su autoridad religiosa o su capacidad de imponerse (por la vía armada, política, administrativa, económica); g) los taxistas, peluqueros y otros que hacen lo mismo que los intelectuales, pero sin el respeto de las elites; h) los miembros de las elites que quisieran ser vistos como intelectuales, pero que no consiguen el micrófono o (cuando lo consiguen) no interesan al público; i) los que se ganan la atención de un público tan amplio, que resulta ofensivo para las elites.

¿De que elites nos habla Zaid?, ¿Elites políticas, elites económicas o *elites intelectuales*? Como podemos ver la definición del intelectual que nos presenta Zaid, en comparación de los autores antes vistos raya en el reduccionismo. Es evidente que la definición que tienen los sociólogos, sobre lo que es o no es un intelectual, discrepa de la definición autorreferencial que tienen los escritores.

Para el colaborador de *Letras libres*, la genealogía del intelectual se encuentra prefigurada tanto en Jeremías como en Sócrates, pero el reconocimiento y bautizo de su papel social se dan con el *Yo*

acusos de Zola y el “Manifiesto de los intelectuales” en París, a fines del siglo XIX (Zaid, 1997:79). Tras el maremoto Zola, los intelectuales se sitúan en la vanguardia de la sociedad. Toman partido no para interpretar la realidad política de manera genérica, sino para transformarla enfrentándose a situaciones concretas. Pero no sólo desde las tribunas parlamentarias sino principalmente desde las tribunas de prensa. Los intelectuales se agrupan y comparten una determinada visión del mundo basada en la justicia, en la equidad, en la solidaridad. La firma del *Manifiesto de los intelectuales*, en 1898, constituye la presentación en sociedad del concepto “intelectual” (Redondo, 2006:59).

La aparición publicitaria del intelectual se da en un contexto de *judeofobia*, derivado del *Caso Alfred Dreyfus*, capitán francés de artillería condenado en un proceso de espionaje por el hecho de ser judío. Ahora bien ¿Qué trascendencia tendrá el *affaire* Dreyfus en las obras *Los orígenes del totalitarismo* (1951) y *El opio de los intelectuales* (1954) de Hannah Arendt y Raymon Aron en la Europa de posguerra?

Los dos, tanto el francés Raymond Aron como la alemana Hannah Arendt, nacieron (él, en 1905; ella, en 1906) justo cuando el caso Dreyfus se resolvía: julio de 1906. Arendt trata el asunto en su obra *Los orígenes del totalitarismo*. La filósofa alemana cree que la caída de la III República obedece, en gran parte, a que no quedaban dreyfusistas, es decir, prohombres comprometidos con la justicia, la democracia y la libertad. De este modo, el fascismo y al antisemitismo avanzaron sin mayor resistencia. El odio a los judíos, por ejemplo, lo impregna todo y subsume al conflicto de clase o al fervor patriótico. El *affaire* Dreyfus es, por tanto, la primera y más evidente prueba de que la sociedad centroeuropea estaba enferma, de que lo peor estaba por llegar. Por su parte Aron cree que todos los conflictos adquieren un carácter ideológico, y el caso no iba a ser menos. Por tanto, la alineación de los intelectuales en torno a las concepciones clásicas, derecha e izquierda (orden y progreso), impide que cumplan con la función que realmente debían asumir: la observación independiente, que les inhabilitaría para ejercer como forjadores de opinión, dado que el “intelectual comprometido” acaba sirviendo a la causa de la dictadura. Al final todos los conflictos se polarizan y cada bloque se torna impermeable, no transpira. La razón deja paso a la ideología y la división sobrevive en el tiempo, dado que los casos de controversia se suceden (Redondo, 2006:60).

¿Existe una sociología de los intelectuales en México?

¡Definitivamente no! Lo poco que se ha escrito sobre esta categoría social en México, aún no adquiere el carácter de tratado o especialización sociológica, es decir, la sociología de los intelectuales está más que ausente en departamentos y centros de investigación sociológica del país. Está de más decirlo, pero lo que se ha escrito sobre los intelectuales (genealogías, biografías, ideologías, funciones educativo-culturales, relaciones con los poderes fácticos y sus contradicciones ético-políticas) se ha hecho desde algunas ciencias sociales cuyo interés cognitivo ha sido meramente periférico. El abordaje anémico que se ha hecho en algunos campos de la sociología (sociología de la ciencia, sociología de la cultura, sociología política), la filosofía política, la historia de las ideas y el periodismo cultural, ilustra que la sociología empírica de los intelectuales sigue siendo una tarea pendiente en universidades y centros de investigación sociológica del país.

Para el objetivo de este trabajo, los intelectuales de los que se habla en estas líneas corresponden al arquetipo occidental de la sociedad moderna. El trabajo toma en cuenta el surgimiento, la consolidación, la “decadencia y sus agonías” en función de los vaivenes históricos de la modernidad ilustrada y la transición a una era o época que algunos pensadores han denominado como posmoderna. ¿Acaso la crisis de la modernidad conlleva la muerte de los intelectuales como críticos del poder y faros que alumbran la antorcha del progreso y emancipación de las mayorías?

Al revisar el “estado del arte” o lo que se ha escrito sobre los intelectuales hemos encontrado lo siguiente:

a) Existe literatura copiosa sobre los intelectuales que se empalma con la denominada “crisis de la modernidad ilustrada” y el colapso del socialismo real; sin embargo, la globalización y las

transformaciones de las instituciones culturales y académicas han trastocado la representación tradicional de los intelectuales.

b) En México ha predominado una tendencia a examinar a los intelectuales en los campos de la historia, la ciencia política y el periodismo cultural.

c) A nivel teórico, y en los casos específicos de las *sociologías de la cultura, de la ciencia y del arte*, sobresalen las aportaciones del sociólogo francés Pierre Bourdieu a la hora de dar cuenta de un contexto neoliberal y mercantilizado que amenaza los espacios y la autonomía de los intelectuales (artistas, escritores y científicos).

d) Existe un desinterés sociológico en México (una de las pocas excepciones a la regla es *Conciencia y poder en México siglos XIX y XX* del sociólogo Francisco José Paoli Bolio, 2002) que de cuenta de las “crisis”, “mutaciones” y “muertes” que están experimentando los intelectuales. Algunas pinceladas y ensayos se han ocupado de estas mutaciones, pero de manera esporádica en suplementos culturales y revistas de análisis mediático y sociopolítico como *Etcétera*, *Nexos*, *Letras libres* y *Metapolítica*. Desde la perspectiva de la historia, la ciencia política y el ensayo cultural destacan las contribuciones de Lorenzo Meyer, Enrique Krauze, Roderic Ai Camp, Roger Bartra, Carlos Monsivais, Gabriel Zaid, Cesar Cansino, Jorge Ibarbengoitia, René Avilés, Enrique Serna, Jorge Volpi, Víctor Roura, Xavier Rodríguez y Armando González, quienes han llamado la atención sobre la relación que se suele dar entre la *República de las Letras* y la clase política, así como de la soberbia, la codicia, la zalamería, la pedantería, la simulación, la hipocresía y el sometimiento a los medios de comunicación que caracteriza a algunos de los intelectuales de nuestro tiempo.

Mundo posmoderno y neoliberal: ¿agonía y muerte del intelectual?

¿Vivimos un mundo posmoderno, una modernidad radicalizada o *tiempos hipermodernos* (como sugiere Gilles Lipovetsky, 2007)?, ¿Qué implicaciones acarrea la “crisis de la modernidad para el intelectual?”, ¿Los intelectuales del siglo XXI deberían renunciar a los postulados de la modernidad (la función educativa, la emancipación de las mayorías, el progreso científico o las utopías comunistas) para sustituirlos por el paradigma de la *deconstrucción ontológica*, el *relativismo moral*, el *imperio del mercado* y de *lo efímero*?, ¿Cómo están afectando las fuerzas socioeconómicas (neoliberalismo y corporaciones multinacionales, por ejemplo) la *autonomía del gremio intelectual* (artistas, escritores y científicos)?

No hay consenso sobre las fronteras ontológicas, morales y temporales que separan a la modernidad de la posmodernidad. Algunos autores señalan que asistimos a una radicalización de la modernidad (Lipovetsky), la redefinición de la modernidad (Alain Touraine); otros hablan de segunda modernidad (Ulrich Beck) y ambivalencia (Sygmunt Bauman), lo cierto es que el mundo ha cambiado y seguirá cambiando, pese al fuego cruzado que se ha dado entre marxistas de viejo cuño, liberales ortodoxos e intelectuales posmodernos. Fuego y debate agotador, que por cierto, ha consumido cientos de páginas y energías en foros, seminarios y congresos desde el siglo pasado hasta nuestros días.

El filósofo norteamericano Lou Marinoff (2006), por ejemplo, plantea que el posmodernismo es una terrible enfermedad que hay que combatir y desterrar de las universidades de ambos lados del Atlántico, porque *posmodernismo es sinónimo de deconstrucción de la civilización occidental*. Marinoff ve en las termitas la representación metafórica de los posmodernistas, cuyo objetivo se ha centrado en derruir y debilitar los cimientos científico-culturales de una civilización que no ha dudado en procurarles la libertad, las oportunidades y la esperanza para poder hacerlo. Marinoff acusa a Lyotard y a Derrida de ser los responsables ideológicos de la infiltración posmodernista en las universidades europeas y norteamericanas. A juicio de Marinoff, el posmodernismo francés es un tumor cerebral que afecta la mente y que ha deconstruido la concepción ordenada de la modernidad. Como buen intelectual ilustrado (sólo que por la vía de un centrismo liberal-

conservador), Marinoff no titubea a la hora de defender los valores de la civilización occidental que los intelectuales posmodernos han tratado de deconstruir.

De igual manera que Marinoff, el historiador liberal Enrique Krauze (2004), argumenta que la situación del intelectual a principios del siglo XXI no es halagüeño. Es casi imposible dialogar con el coro: sus premisas nihilistas, relativistas y cínicas (el discurso liberal caduco y opresivo) impiden la comunicación (basta leer las opiniones de Derrida y Baudrillard sobre el ataque a las Torres Gemelas, “el júbilo prodigioso de ver la superpotencia destruida”). Por otra parte, asistimos a la desaparición del intelectual tradicional, creador de grandes diseños e ideas (del corte de Bertrand Russell, Ortega y Gasset, George Orwell, Isaiah Berlin, Karl Popper, Octavio Paz). ¿Qué queda? ¿Quién queda? Lilla confía en la supervivencia de la “tenue corriente liberal” asociada a Tocqueville: lo que marcó a esta asediada tradición liberal fue su lucidez frente a las pasiones políticas modernas y antimodernas que nacieron de la revolución con una política de mejoras fragmentarias en una era poco menos que ideal (Krauze, 2004: 20).

Sin embargo, los sociólogos posmodernos argumentan que los análisis tradicionales del mundo moderno, tanto de la derecha como de la izquierda, se basan por lo general en una crítica parecida: la consecuencia última de la autonomía prometida por la Ilustración ha sido una alienación total del mundo humano, que vive bajo el terrible peso de las dos plagas de la modernidad: la técnica y el liberalismo económico. Por un lado, la modernidad no ha conseguido materializar los ideales ilustrados que se había fijado como objetivo; por otro, en vez de garantizar una auténtica liberación, ha dado lugar a un estado de esclavitud real, burocrática y disciplinaria que se ejerce no sólo sobre los cuerpos, sino también sobre los espíritus (Charles, 2007:16).

La modernidad se piensa a través de valores esenciales como la libertad y la igualdad, y bajo la figura inédita del individuo autónomo que rompía con el mundo de la tradición, en cambio la sociología posmoderna señala que la posmodernidad representa el momento histórico concreto en el que todas las trabas institucionales que obstaculizaban la emancipación individual se resquebrajan y desaparecen, dando lugar a la manifestación de deseos personales, la complejidad del presente; la realización individual; la autoestima; el movimiento; la fluidez; la flexibilidad; la lógica de la moda y el consumismo hedonista. Las grandes estructuras socializadoras pierden su autoridad, las grandes ideologías dejan de ser vehículos, los proyectos históricos ya no movilizan, el campo social ya no es más que la prolongación de la esfera privada: ha llegado la *era del vacío*, pero sin tragedia ni apocalipsis (Lipovetsky, 1986:10).

La situación sociohistórica en la que nos encontramos no tiene precedentes: la modernidad no tiene ya enemigos redhibitorios, se ha reconciliado con sus principios y valores de base. Los combates mediante los que se impusieron los valores modernos (laicismo, libertad, pluralismo democrático, destradicionalización) han perdido ya su antigua fuerza instituyente. Es verdad que en su lugar han aparecido otros, pero ya no producen un mundo de cambios radicales. De ahí se sigue que *la posición de los intelectuales* –que desempeñaron un papel decisivo en la aparición de la modernidad-- ya no puede ser la misma. Actualmente comparten los mismos valores que el conjunto de los miembros de la sociedad, proponen interpretaciones divergentes, no otro modelo colectivo. En estas condiciones, la necesidad de comprometerse es menor: lo que importa no es tomar partido por esto o aquello como comprender un poco mejor cómo va todo en la realidad misma. Sin duda es necesario preguntarse por las cuestiones morales, pero no lo es menos estudiar el funcionamiento de la situación social, la andadura de las cosas y de las prácticas reales, en concreto las que suscitan los juicios más tajantes y más concensuados (Lipovetsky, 2007:114). A Lipovetsky le interesa un intelectual que proponga modelos interpretativos, menos estereotipados, menos maniqueos, más complejos y que participe en los debates que necesita la sociedad.

Las lecturas sobre las amenazas, agonía y muerte del intelectual atraviesan un abanico político que va del liberalismo ortodoxo, pasa por el análisis posmoderno y el centrismo socialdemócrata, y desemboca en una variedad de diagnósticos de izquierda con diferentes dosis de marxismo. En efecto, la sociología estructuralista de Pierre Bourdieu (2003) se inscribe en esta última perspectiva, la cual trata de combatir las autopercepciones triunfalistas de un intelectual flotante y desligado de los conflictos sociales:

“la sociología de los intelectuales es una contribución al socio-análisis de los intelectuales: tiene como función dificultar la autopercepción triunfalista en la que se complacen intelectuales y dirigentes y recordar que estamos manipulados en nuestras categorías, en todo lo que nos permite pensar y hablar el mundo. También debe poner de manifiesto que los posicionamientos sobre el mundo social quizá se deban en parte a las condiciones en que se producen, a la lógica específica de los aparatos políticos y del juego político, de la cooptación, de la circulación de ideas, etc” (Bourdieu, 2003: 65).

De acuerdo a Bourdieu el *Homo intellectus* de nuestros días se encuentra amenazado en su autonomía por las fuerzas del mercado y la derecha neoconservadora. A través de una obra rica en intereses sociológicos, Bourdieu demuestra como los embates del neoliberalismo, el neoconservadurismo y el auge de los *mass media* amenazan la autonomía de los campos artísticos, intelectual y científico.

“la vida política, como la vida intelectual, están cada vez más sometidas al dominio de los media, ellos mismos sometidos cada vez más a la presión de los anunciantes. La internacional neoconservadora, con centro en los Estados Unidos, presiona sobre todos los espacios de expresión libre y reprime las investigaciones de vanguardia controlando la concesión de subvenciones públicas. Las corrientes individualistas y ultrasubjetivistas que dominan la economía y que se esfuerzan por conquistar el conjunto del campo de las ciencias sociales tienden a socavar los fundamentos mismos de las ciencias sociales y han convertido a las matemáticas en el principal instrumento de legitimación del orden establecido. Estamos en una época de restauración” (citado por Velasco, 2004:41).

En una de sus últimas obras, *El oficio de científico* (2003), Bourdieu flexionaba:

“creo, en efecto que el universo de la ciencia está amenazado actualmente por un temible retroceso. La autonomía que la ciencia había conquistado poco a poco frente a los poderes religiosos, políticos o incluso económicos, y, parcialmente por lo menos, a las burocracias estatales que garantizaban las condiciones mínimas de su independencia, se ha debilitado considerablemente (...) en suma, la ciencia está en peligro, y, en consecuencia, se vuelve peligrosa. Todo lleva a pensar que las presiones de la economía son cada vez más abrumadoras, en especial en aquellos ámbitos donde los resultados de la investigación son altamente rentables, como la medicina, la biotecnología (sobre todo en materia agrícola) y, de modo más general, la genética, por no hablar de investigación militar” (Bourdieu, 2003:7).

Bourdieu argumentaba que con estos fenómenos posmodernos la autonomía del campo intelectual estaba amenazada. Sostenía que *amenazas de una especie totalmente nueva* pesan hoy sobre su funcionamiento y que los intelectuales están cada vez más excluidos del debate público. Es este sentimiento compartido, en general, por los intelectuales en retirada. Desde su punto de vista, la tiranía del mercado ha terminado por imponerse a los productores de cultura y, de paso, ha erosionado las condiciones de autonomía bajo las cuales, como dice el mismo Bourdieu, “se producen y reproducen los instrumentos materiales e instrumentales de lo que llamamos Razón” (Brunner, 2002:39).

De igual manera, el filósofo Eduardo Subirats (2004), considera que vivimos en una época en la que los intelectuales y el pensamiento libre se encuentran “amenazados”. El intelectual es el instrumento que toda democracia debe tener para expresar sus conflictos, dilemas y proyectos de futuro, por lo que su papel como mediador independiente y reflexivo es central para toda sociedad que se presume de democrática. Si en otras épocas las amenazas venían de los tribunales de la Inquisición, actualmente las amenazas que se ciernen sobre el intelectual provienen de la industria cultural que lo eleva a la categoría de estrella a costa de la banalización de su discurso, la ficcionalización y la neutralización de su posible crítica. En segundo lugar, le amenaza la domesticación y disciplina de las instituciones mediáticas, políticas y académicas. Si el intelectual salva estos obstáculos, tiene que afrontar, además, los peligros del aislamiento, el ninguneo y la marginación (Reyes, 2004:5).

Al despuntar el nuevo siglo, el cumplido orden mundial de un mercado corporativamente controlado, la extensión global del colonialismo y la concomitante propagación de la guerra a escala planetaria han puesto de manifiesto la constelación histórica opuesta. El intelectual no ha permanecido indemne a ella. Ha sido devorado por las burocracias administrativas y financieras; gasificado en los sistemas productivos de la razón instrumental; transfigurado en la gloria fetichista del espectáculo. Los principios de soberanía que habían definido su noble pasado humanista, su liberadora función social en la edad de la ilustración y su tenaz reformismo social de los pasados siglos se han ido descarriando sucesivamente por las pedregosas pendientes del final de la filosofía, la postpolítica, la posthistoria y lo posthumano (Subirats, 2006:204).

La mutación del *Homo intellectus*: de legislador moderno a interprete posmoderno

Subirats lamenta la pérdida del *ethos legislador* que caracterizaba al intelectual de otras épocas: su función crítica, liberadora, humanista y orientadora de un futuro utópico; sin embargo, a Bauman le tienen sin cuidado estas lamentaciones, y nos recuerda que en la época en que existían vías para determinar la verdad de las creencias, los intelectuales “legislaban” sobre las opiniones del resto de la sociedad. Pero en una época posmoderna, existen muchos sistemas de valores y creencias que rivalizan entre sí. Los intelectuales transforman su función legisladora por una función de *intérpretes* que representan puntos de vistas que difieren entre sí, “en la época en que ingreso en el vocabulario de Europa occidental, el concepto de los intelectuales extrajo su significado de la memoria colectiva de la era iluminista. Fue en esa era cuando se estableció el síndrome del poder/conocimiento, uno de los atributos más conspicuos de la modernidad” (Bauman, 1997:10). Para Bauman la visión ordenada de la modernidad, proclamaba a un intelectual legislador; sin embargo, la visión típicamente posmoderna del mundo es la de un número ilimitado de modelos de orden, cada uno de los cuales es generado por un conjunto relativamente autónomo de prácticas, “el orden no precede a las prácticas y no puede servir, por lo tanto, como una medida exterior a su validez. Cada uno de los muchos modelos de orden tiene sentido exclusivamente en términos de las prácticas que lo convalidan (...) los sistemas de conocimiento sólo pueden evaluarse desde “adentro” de las tradiciones respectivas (...) lo que mejor caracteriza la estrategia moderna del trabajo intelectual es la metáfora de legislador. Éste consiste en hacer afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones y escogen las que, tras haber sido seleccionadas, pasan a ser correctas y vinculantes. La autoridad para arbitrar se legitima en este caso por un conocimiento (objetivo) superior, al cual los intelectuales tienen un mejor acceso que la parte no intelectual de la sociedad (...) la mejor forma de caracterizar la estrategia típicamente posmoderna del trabajo intelectual es la metáfora del papel del interprete. Este consiste en traducir enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera que puedan entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición. Es de vital importancia advertir que la estrategia posmoderna no implica la eliminación de la moderna; al contrario, no se la puede concebir sin la continuidad de esta última” (Bauman, 1997:13-15).

El diagnóstico posmoderno de los intelectuales llevado a cabo por Bauman coincide con el diagnóstico de la sociología posmoderna: sociedad del espectáculo, presentismo, consumismo, mercado, y un intelectual disminuido y condenado a realizar un papel de intérprete de las distintas tradiciones y discursos cognitivos de una sociedad multicultural cada vez más compleja:

“decididamente, la nuestra no es una época de utopías. La era de las utopías es aquella en que éstas parecen prácticas y realistas; la nuestra es una época en que los programas que se pretenden prácticos parecen utópicos. Nos enojamos cuando un erudito, tras haber criticado exhaustiva y convincentemente las deficiencias de nuestra condición omite terminar con una receta para mejorarla. Pero si la diera, la enfrentaríamos incrédulos y la ridiculizaríamos como una utopía más. Lo que ha caído en el descrédito es la actividad misma de escribir, y no sólo estás en particular. A lo largo de la época moderna, soñar el futuro fue respetable dado a este o aquel agente, invariablemente poderoso, del que se esperaba la capacidad y la disposición a poner en práctica las medidas racionales sugeridas por las imágenes de la sociedad racional. Al no ser ya visible la meta, soñar el futuro es sólo eso: soñar. O así parece” (Bauman, 1997: 273).

A diferencia del siglo pasado, la primera década del siglo XXI ha visto disminuida la “solidez” de los lazos y compromisos ético-políticos de los intelectuales con las grandes mayorías (obreros, campesinos, emigrantes, mujeres, pueblos indígenas, por ejemplo). En otras épocas las clases ilustradas (la *intelligentsia* de Karl Mannheim o, al menos la *vanguardia intelectual*) se constituían a través de una relación educativa que entablaban con el pueblo. En este momento presenciamos el fin, o en todo caso la agonía terminal, de ese compromiso. Estamos entrando en una era “poscompromiso” (Bauman, 2006:131).

A lo anterior, habrá que agregar el fin de las oscilaciones políticas, como ha sido el caso de la división izquierda-derecha. ¿Por qué los intelectuales de izquierda se hacen de derechas?, ¿Por qué tanto camaleonismo en intelectuales que en sus años mozos lanzaban consignas contra el imperialismo y militaban en grupos radicales de inspiración marxista?, ¿Hemos llegado al fin de las ideologías?, ¿Se ha impuesto el pragmatismo sobre el *ethos de la verdad* (Mills)? Un planteamiento sociológico sobre estas cuestiones amerita un examen sobre el contexto histórico (la crisis de la modernidad, la omnipresencia de los *mass media* y el auge de la sociedad de consumo) y sociopolítico en que se han visto envueltos los intelectuales.

Presencia central en nuestro ideario y nuestras prácticas desde hace algunos siglos, la modernidad, ha sido duramente cuestionada, repudiada o redefinida. En ese sentido el sociólogo Alain Touraine (2000), a diferencia de otros autores, ha evitado las críticas apresuradas, el maniqueísmo, la pirotecnia posmoderna y la quema de un barco ilustrado cuyo viaje aún no concluye. Entre las “deformaciones y desencantos” que generó la modernidad en el siglo pasado, las flechas antimodernas y la cada vez mayor influencia de la sociedad de consumo, Touraine se sitúa y se pronuncia por la introducción del tema del *sujeto*, vía la redefinición de los movimientos sociales y la mediación entre economía y cultura, ciencia y libertad, sujeto y razón.

Los intelectuales animaron el movimiento de racionalización al asociar la crítica de las instituciones y de las creencias pasadas con el progreso de la ciencia. Sin embargo, al cabo de unos siglos de modernismo, en el siglo XX, las relaciones de los intelectuales y la historia se alteran por dos motivos. El primero es que la modernidad se convierte en producción y consumo de masas, en tanto que el mundo puro de la razón queda invadido por las muchedumbres que ponen los instrumentos de la modernidad al servicio de las demandas más irracionales. El segundo motivo consiste en que el mundo moderno está cada vez más subordinado, en este siglo, a las medidas políticas de modernización y a dictaduras nacionalistas. Muchos intelectuales encontraron, sobre todo después de 1968, una nueva filosofía de la historia en el antimodernismo. Quemaron lo que habían adorado y denunciaron el mundo moderno como destructor de la razón, lo cual satisfacía su elitismo de

antimasas tanto como su hostilidad por el autoritarismo de las dictaduras modernizadoras. El antimodernismo, sobre todo en la década de 1970, llegó a ser dominante y casi hegemónico (Touraine, 2000:151).

Así como los intelectuales de mediados del siglo XIX fueron impulsados por *sueños del futuro*, los de mediados del siglo XX estuvieron dominados por el *sentimiento de la catástrofe*, la falta de sentido, la desaparición de los actores de la historia. Fue así como la vida intelectual y la vida social se separaron y los intelectuales se encerraron en una crítica global de la modernidad. Redefinir la modernidad no es sólo útil para las sociedades modernas o para las sociedades en vías de modernización. Es también para los intelectuales un medio indispensable de escapar a la pérdida de sentido que los empuja a ver solamente control y represión en la civilización técnica y a negar la existencia de actores sociales en un mundo que está agitado por problemas e innovaciones, por proyectos y protestas (Touraine, 2000:175).

Los espacios del intelectual mexicano: universidad, mercado y medios de comunicación

Desde nuestro punto de vista, consideramos que en México han predominado dos tendencias en el estudio de los intelectuales: en primer lugar, la relación que estos han mantenido con el *Príncipe* (o el Estado) desde la historia y la ciencia política; la otra tendencia, el periodismo cultural, ha privilegiado el examen biográfico de los intelectuales así como de sus contradicciones ético-políticas (en el siguiente apartado hablaremos del segundo enfoque). Por lo que respecta a la sociología, hay que señalar que no se ha hecho mucho ¿Existe algún proyecto de investigación que aborde el estudio de los intelectuales mexicanos a partir de la *sociología funcionalista*, la *sociología constructivista*, la *sociología feminista*, la *Teoría socio-cultural* de Antonio Gramsci, la *Teoría crítica* alemana, la *sociología reflexiva* de Pierre Bourdieu, la *sociología histórica* de Immanuel Wallerstein, la *Teoría de sistemas*, la sociología posmoderna o las teorías sociales de Anthony Giddens, Ulrich Beck o Sigmund Freud?

La respuesta a esta interrogante es que dichos proyectos de investigación sociológica están más que ausentes, en este sentido el trabajo que el lector tiene en sus manos trata de apuntar en esa dirección. En las páginas que siguen exploraremos la evolución histórica, así como los retos y amenazas que enfrentan los intelectuales mexicanos para conservar la autonomía, la identidad y el papel crítico-legislador en un contexto de una “fallida” transición democrática.

Según Fernando Castañeda (2004), en México la secularización del saber y la autonomización de los intelectuales han tenido sus particularidades. La cultura mexicana se emancipó de la Iglesia, pero no del “rey”. El estado posrevolucionario mexicano no sólo organizó a obreros, empresarios, campesinos y sectores populares, sino que también fue el organizador de la cultura y los intelectuales. La función de los intelectuales mexicanos, salvo contadas excepciones, no fue la de dar un nuevo fundamento a la vida pública, sino la de racionalizar la política, la integración y regulación de los sectores populares al aparato estatal. Este papel lo jugaron las interminables interpretaciones históricas y filosóficas de la revolución mexicana (Castañeda, 2004:112). Castañeda observa que la relación particular de la universidad con el Estado y los intelectuales se rompe a partir del movimiento estudiantil de 1968. A partir de este momento el Estado modifica su relación con la inteligencia: el Estado incorpora a los intelectuales no como conciencia moral y crítica sino como expertos.

a) La universidad

Al igual que Castañeda, Roger Bartra (1993) examina “el folclor” de la inteligencia mexicana que discurre en las universidades públicas. Bartra destaca que la masa cultural que se encuentra en las universidades son enormes conglomerados de fuerza burocrática y política, que se asemejan a otras instancias de poder estatal, en donde campea la ineficiencia, la rebatanga por el hueso, la

corrupción, el gigantismo, la ambición y la burocracia ¿Qué encuentra mal Zaid en la intelectualidad mexicana? Entre otras cosas, su apetito de poder, que utiliza su saber (o seudosaber) para acaparar parcelas del Estado y del poder. Le reprocha haber constituido una enorme, superflua y abominable bibliocracia: una verdadera republica de las letras muertas (Bartra, 1993:50).

Según Armando González, autor del libro *¡Que se mueran los intelectuales!* (2005), el intelectual-socrático-preguntón ha sido asimilado casi completamente por la academia platónica: la mayoría de los intelectuales son celosos cancerberos de una especialidad que actúan al interior de gremios profesionales y no pocas veces al interior de grupos de poder e interés. Además, el intelectual académico suele ser un experto concentrado en su especialidad que ignora los desarrollos de otras especialidades. Las nuevas formas de reorganización académicas auspiciadas por el productivismo, la competencia y los incentivos para producir cantidad (no necesariamente calidad) han llevado a las ciencias sociales, por ejemplo, a una especialización excesiva que evade los temas urgentes y se guía por la demanda y los patrocinios. Además de la *lumpenización* de la actividad investigadora: aislada, marginal y mal pagada.

Por su parte, Mauricio Tenorio (2002) explica que la academia, tanto en México como Estados Unidos o España, por citar algunos ejemplos, no mata al intelectual; sólo lo ataranta. Pero la fama pública también. Si el trabajo del intelectual es pensar y dar sentido al presente e invitar a un futuro, tan mala o tan buena es la calle como la universidad. Tenorio no cree que la universidad sea un refugio seguro y considera que es como un monasterio pobre y alejado al que la inteligencia dice querer llegar. No hay mucha disimilitud entre lo que un intelectual puede decir fuera o dentro de la academia. Ambos tipos de intelectual tienen poco tiempo para pensar y leer si lo que les interesa es dinero y fama.

b) *El mercado*

De acuerdo a José Joaquín Brunner (2002), la universidad pública ha sido el último bastión de resistencia, el hogar de una intelectualidad que se empecina por mantenerse al margen del mercado. El precio, sin embargo, ha sido alto. Bajas remuneraciones del personal; gradual pérdida de prestigio y consistencia de los saberes tradicionales donde se producen valores espirituales autónomos (filosofía, artes y letras, humanidades) y de las ciencias sociales; localismo y folclorismo de una parte de esa vida intelectual protegida; *semiproletarización* de las capas de la *intelligentsia* que reclaman para sí una industria protegida del Estado; dificultad de la universidad pública para incorporar los nuevos modos de producción; insensibilidad a los cambios en los contextos de demanda e insistencia en orientar la producción exclusivamente desde el lado de la oferta (Brunner, 2002:38).

Las universidades públicas han tenido que ingresar, desde hace algunos años, al terreno de lo que algunos especialistas norteamericanos han denominado como *capitalismo académico*:

“caracterizado por la exposición de los docentes e investigadores a una competencia cada vez más intensa por recursos, a la medición de la productividad y desempeño, a la participación en concursos y venta de servicios, y en general, a desarrollar actividades intelectuales de carácter empresarial. Con ello cambia también la percepción de sí mismos y la estilización de los intelectuales-académicos, cuyos productos tienen que ser valorados simultáneamente en tres mercados. El *mercado de los pares productores* que confieren legitimidad, reconocimiento y prestigio; el *mercado de la opinión pública*, articulado por grandes y pequeños medios de comunicación y en torno a redes electrónicas globalizadas; y el *mercado de usuarios del conocimiento avanzado*, incluidos gobiernos y otros organismos públicos, empresas y oficinas consultoras, organismos internacionales y no gubernamentales. La universidad deja así de ser un hogar protegido y se transforma, para el intelectual, en una prolongación del mercado; una entidad, por lo mismo, arrollada por las fuerzas de la competencia” (Brunner, 2002:39).

Ahora bien ¿Cuáles son los precios de la vida intelectual en México? ¿Cuánto pagan la academia y los medios de comunicación a los intelectuales? A continuación una lista de precios que recabó la revista *Nexos* durante el primer semestre de 2002, que habría que actualizar en el sexenio del “Nuevo PRI”, es decir, para el periodo 2012-2018.

Lo que paga la academia

- Un intelectual que se contrata de tiempo completo en la academia puede ganar entre 22,000 y 30,000 pesos libres.
- Puede además estar inscrito en el Sistema Nacional de Investigadores: entre 1 y 5 salarios mínimos de sobresueldo, según su rendimiento.
- Como investigador en proyectos financiados con recursos externos a la institución donde trabaja un académico puede tener contratos de entre 3 y 6 meses con pagos que fluctúan entre 5,000 y los 60,000 pesos mensuales libres.
- Las peores remuneraciones en la vida intelectual académica son las que se obtienen por dar clases a destajo. Las universidades privadas pagan 300 pesos por clase de posgrado, 200 por clase de maestría y 100 por clase de licenciatura.

Lo que paga la prensa escrita

- Los sueldos promedio por una colaboración en una revista semanal o mensual son de 1,000 a 3,500 pesos.
- *El financiero*: entre 500 y 1,000 pesos por artículo.
- *La jornada*: entre 1,000 y 2,500 por artículo.
- *El universal*: hasta 4,000 por artículo.
- *Reforma*: entre 1,000 y 20,000 por artículo.

Lo que pagan por conferencias

- Intelectuales, escritores y académicos de prestigio pueden cobrar por conferencia entre 40,000 y 100,000 pesos. Hay también pagos que oscilan entre los 5,000 y los 20,000 pesos.

Lo que pagan la radio y la televisión

- En la radio por un comentario se pagan de 700 a 2,000 pesos y por un programa semanal 35,000 pesos.
- En la televisión por comentario de un minuto se pagan de 500 a 5,000 pesos y por un programa semanal: 10,000 a 50,000 pesos por programa.

c) Los medios de comunicación

Los cambios que han experimentado las universidades, como espacios de reflexión y crítica, así como la presencia cada vez más creciente que han adquirido los medios de comunicación ha propiciado el “caldo de cultivo” para que prolifere el “intelectual público” que tanto preocupa a Subirats. La televisión, por ejemplo, se ha erigido en el alter-ego por excelencia (¿o atracción fatal?) de muchos intelectuales.

De acuerdo al analista Raúl Trejo Delarbre (2002), los intelectuales y los medios de comunicación suelen tener una relación de atracción y desconfianza mutuas:

“los medios acostumbran buscar especialistas que confieran credibilidad al comentario de los asuntos más diversos, pero recelan de las parrafadas que propinan no pocos escritores y profesores a la menor interpelación. Los intelectuales tienen el privilegio de ser invitados a opinar acerca de asuntos que les interesan y se benefician de la presencia pública que les otorgan los medios, aunque con frecuencia malician del tratamiento que pueden recibir sus palabras. Medios e intelectuales se

convalidan y aprovechan unos de otros (...) independencia y prestigio quedan en la balanza frente a la capacidad de propagación que tienen los medios (...) todo compromiso implica oportunidad y compromiso. Difundir en televisión o radio las ideas que de otra manera quedarían confinadas al libro o el salón de clases permite ampliar su propagación para que acaso sean más útiles. Pero esos medios imponen formatos y condiciones y no admiten más que exponer unas cuantas tesis que a menudo serán entendidas parcial o torcidamente” (Trejo, 2002: 51,52).

Una diversidad de intelectuales que en otras épocas cargaron credenciales de “izquierda” y criticaron duramente la “dictadura perfecta”, aparecen en la década de los noventa como “demócratas” de una supuesta transición a la democracia, desechan sus credenciales de izquierda y se mueven como trapevistas al “centro” de la geometría política; cuando el marxismo entra en crisis y se declara el fin de las ideologías comunistas, un gran número de intelectuales cambian de identidad y se convierten en comentaristas de *Televisa* y *TvAzteca* en calidad de “agoreros de la catástrofe populista”, “ideólogos de los gobiernos panistas” y “maquillistas del Nuevo PRI”, en un contexto donde las miserias y agonías del intelectual son la moneda corriente de una supuesta normalidad democrática.

Miserias y muertes de la intelectualidad mexicana

¿Cómo se manifiestan las miserias del *Homo intellectus mexicanus*?, ¿Cómo se detecta la podredumbre del medio intelectual?, ¿Cuántas formas de morir tiene el intelectual para acabar consigo mismo?, ¿De qué está hecha la *daga* para llevar a cabo el *intelecticidio*? No han sido pocos los periodistas culturales que han hecho necropsias para dictaminar las causas que han provocado la muerte de la intelectualidad mexicana. Este último apartado examinará algunas manifestaciones sobre la agonía y extinción del intelectual tradicional que algunos autores han venido advirtiendo desde hace algunos años, así como el auge del *experto o tecnócrata* en el contexto de los últimos gobiernos neoliberales priistas y panistas.

Lo que sugiere el periodista cultural Armando González en *¿Que se mueran los intelectuales!* (2005), por ejemplo, es que:

“el campo de la cultura y del intelecto no ha sido inmune a las pasiones políticas, a las modas o al sonido del dinero y, muy a menudo, la sinrazón, la frivolidad y la mentira se han incubado precisamente en quienes se supone tienen un compromiso profesional con la verdad, la sensibilidad y la inteligencia (...) los intelectuales, al menos los que dominaron la imaginación y el debate público en el siglo XX, se están muriendo: unos mueren de muerte natural, al cambiar el entorno que produjo su florecimiento, y otros se suicidan al abjurar de sus propios valores” (González, 2005: 8,35).

Para el autor de *Las guerras culturales de Octavio Paz* (2002) han sido muchas las maneras mediante las cuales los intelectuales han atentado contra sí mismos y vulnerado su prestigio profesional: cuando se han envuelto en banderas universales para defender intereses particulares; cuando critican todos los fueros y privilegios, excepto los suyos; cuando adoptan el cliché u opinan de acuerdo al gusto de sus patrocinadores; cuando practican la hipocresía y la melcocha para ganar aplausos de la tribuna. Por su parte, el libro *Codicia e intelectualidad* (2004), de Víctor Roura, coincide con la autopsia anterior:

“la codicia ha sido la constante de nuestra intelectualidad, pero a la hora de justificar sus proximidades con el poder, sus contubernios para obtener beneficios del Príncipe, sus discursos deslavados para apoyar a tal o cual político o sus silencios cómplices ante los atropellos de un régimen autoritario como el que padecemos durante décadas (...) ahí quedan los devaneos de Carlos Fuentes con el presidente Luis Echeverría, las contradicciones de Octavio Paz, las mentiras de Héctor Aguilar Camín y el grupo *Nexos*, el cinismo de Jaime Sabines, las transas de los concursos literarios y un interminable etcétera de corruptelas y ambiciones” (citado por Cansino, 2005:5).

Para el exdirector de *Metapolítica*, César Cansino (2002), los intelectuales fueron fundamentales en la conformación de instituciones culturales y del propio Estado nacional. Sin embargo, durante el siglo XX, la agenda cultural del país terminó siendo monopolizada por un grupo de intelectuales al servicio del poder y se generaron las formas más sutiles de cooptación silenciosa. Salvo honrosas excepciones, la clase ilustrada del país creció a la sombra del poder, a cambio los intelectuales se convirtieron en ideólogos del gobernante en turno o del partido oficial (Cansino, 2002:44).

Ese grupo de intelectuales, que Gramsci describiría como *orgánicos*, y que Cansino acusa de haber secuestrado el *ágora* y seguir conservando incólumes las mismas reglas clientelistas y cultivado una relación perversa con el *Príncipe*, han tenido una conducta reprochable. Cansino ve en los grupos *Nexos* (cuyo *alter ego* fue Carlos Salinas de Gortari) y *Vuelta* (reencarnada en *Letras libres*) como los nuevos mandarines intelectuales. Cansino identifica a José Woldenberg, como el responsable de haber dirigido el escandaloso video de la democracia mexicana, *México: la historia de su democracia*, y argumenta que si el antiguo régimen se estaba modernizando, no había razón alguna como para que estos intelectuales no se acercaran al Príncipe, sin embargo, esa proximidad ponía en cuestión su independencia y credibilidad, porque no se puede cruzar el pantano sin ensuciarse el plumaje.

Por su parte, el fallecido Carlos Monsivais (1997), lamentaba el “ocaso” del intelectual público, que se debe entre otras razones, a la pérdida de centralidad profética, el declive del ethos de ser conciencia nacional, la democratización de la lectura de los grandes escritores, el éxito de la televisión, el desprestigio social del marxismo, la moda de hacer posgrados en el extranjero, la especialización académica y la cacería neoliberal del pensamiento de izquierda. Sin embargo, Monsivais confiaba en que el intelectual será insustituible por algún tiempo en el paisaje social latinoamericano (Monsivais, 1997:476-479).

Otra *lectura necrológica* que se suma a las anteriores es la que realiza Roger Bartra (1997). De acuerdo a Bartra, los intelectuales viven la pesadilla de ser:

“devorados por la modernidad, de la misma manera en que Saturno devora a sus hijos. Los intelectuales, temidos y mimados por los poderosos, con frecuencia perseguidos, consumidos por querellas y envidias, están siendo desalojados de la historia por las mismas fuerzas que ellos contribuyeron a alumbrar: la democracia, la tecnología, la utopía socialista y el mercado” (Bartra, 1997:481).

Una de las fuerzas que contribuye a la pérdida de influencia del intelectual es la ideología del mercado o *pensamiento único*, que se difunde desde las universidades norteamericanas en los años ochenta del siglo pasado y penetra en los economistas tercermundistas que realizan estudios de posgrado en dichas universidades. En este contexto surge el *experto o tecnócrata*, figura preocupada por brindar los medios científico-técnicos necesarios para llevar a cabo los fines y propósitos de las elites económicas de los países en vías de desarrollo como México.

El término *experto* contrasta con la de intelectual por varias razones y posee una historia bastante más corta, típicamente del siglo XX. Aunque individuos caracterizados como expertos han existido desde mucho antes, la utilización del término se generalizó particularmente luego de la segunda posguerra bajo el influjo de las ciencias sociales norteamericanas. Los expertos modernos suelen ser los técnicos, los especialistas que trabajan en y para el Estado, y más recientemente para las ONG, y los organismos internacionales. Si la figura del intelectual remite a un tipo de formación general, que puede o no tener a la universidad como ámbito principal de acción, la figura del experto evoca especialización y entrenamiento académico (Neiburg y Plotkin, 2004:15).

La presencia de economistas, por ejemplo, formados en los Estados Unidos (Harvard, Yale, Chicago y el Instituto Tecnológico de Massachussets) en los gobiernos de los países en vías de desarrollo es hoy asombrosamente poderosa. Estos tecnócratas formados en el extranjero suelen compartir un marco cognitivo común y un conjunto de suposiciones y directrices (una ideología común) con los formuladores extranjeros de políticas y con los financieros internacionales. En los años ochenta y noventa los economistas formados en los Estados Unidos adquirieron importancia en cada una de las ramas de la elaboración de políticas económicas mexicanas (Babb, 2003:27).

A los presidentes recientes y a sus gabinetes se les identifica con un grupo y una forma de ejercer el poder que es el de la tecnocracia. Por su presentación, vocación, objetivos y forma de actuar, el tecnócrata se encuentra en las antípodas respecto del intelectual. Los verdaderos intelectuales son, aun sin proponérselo, antagonistas de los tecnócratas y de los hombres de poder en general. A diferencia del tecnócrata, el intelectual no tiene como razón de ser la racionalidad administrativa ni necesita tener el poder para llevar adelante su tarea; al contrario, el poder lo anula. El intelectual, si es experto en algo, lo es en sentido contrario al tecnócrata, pues es experto en ideas generales, muy elaboradas y en torno a valores (Meyer, 1995:78,79).

A manera de conclusión

En los años cincuenta del siglo pasado cuando el mundo estaba dividido entre dos grandes ideologías y sistemas políticos, un intelectual liberal como Raymond Aron dio a conocer su libro *El opio de los intelectuales* (1955), donde denunciaba el uso de la clásica división entre derecha e izquierda y los mitos del marxismo ortodoxo. En ese contexto se llevaron a cabo congresos de intelectuales liberales y conservadores para analizar el “ocaso de las ideologías”, al mismo tiempo se reivindicaba el modelo de intelectual desideologizado y ajeno a las pasiones políticas que Daniel Bell y otros pensadores denunciaban como vicios en la intelectualidad marxista de aquella época. De hecho, “el opio de los intelectuales”, fue un diagnóstico liberal sobre las ideologías como estupefaciente que llevaba a la manipulación y aniquilación de las masas. Las terribles experiencias bélicas y totalitarias vividas a través del nazismo, el fascismo y el socialismo soviético, abonaban para defender la tesis del “fin de las ideologías”. Un cliché que Francis Fukuyama reviviría a principios de los noventa para celebrar el desplome del socialismo soviético y el triunfo de la democracia capitalista de ascendencia norteamericana. La lectura del marxismo vulgarizado, de acuerdo al diagnóstico liberal era que éste compartía muchos rasgos con la religión. Si Marx había afirmado que la religión era el opio del pueblo, intelectuales liberales como Aron, no tardaron en aplicar la misma tesis a las entrañas sociológicas del marxismo de talante dogmático.

Cincuenta y siete años después de que Aron diagnosticara el papel de los intelectuales como ideólogos, nos encontramos ante un panorama desolador no sólo para intelectuales marxistas, sino también para neoliberales y socialdemócratas. El mundo ha cambiado demasiado, dicen los posmodernos como para seguir utilizando las categorías políticamente correctas de izquierda y derecha. Los cambios que experimentó el mundo en las últimas décadas del siglo XX, no cuadran con esa vieja división originada en Francia. La deconstrucción de la modernidad (ontología, epistemología y axiología), así como la globalización neoliberal, la sociedad de consumo y la preponderancia cada vez mayor de los medios de comunicación han resquebrajado la imagen autorreferencial que tenían los intelectuales de sí mismos. En consecuencia, algunos autores han proclamado la agonía y muerte del intelectual ilustrado (entiéndase al crítico-utópico, y no tanto el liberal-conservador), mientras que otros han propuesto un cambio de funciones, es decir, abandonar el rol de “legisladores” y asumir el rol de “interpretes” en un mundo cambiante, complejo, multicultural y cada vez más globalizado.

El objetivo de este trabajo no ha sido ofrecer recetas marxistas, liberales o socialdemócratas y decir que los intelectuales vayan por esta o aquella dirección, porque lo que necesitamos son preguntas y no respuestas para poner las bases de una *sociología de los intelectuales*. Al plantear preguntas responderemos a los retos que entrañan las amenazas y “muertes” de los hijos de una modernidad

hoy cuestionada: ¿Qué está pasando con la intelectualidad norteamericana, europea, asiática y latinoamericana?, ¿Cómo aplicar la *imaginación sociológica* al estudio de la intelectualidad mexicana?, ¿Cómo se vive su “ocaso” en los estados, universidades y centros de investigación del país?, ¿Cómo han reaccionado a las difíciles condiciones que ha impuesto el Estado neoliberal?, ¿Cómo desarrollan su función de ideólogos y expertos en gobiernos de derecha e izquierda, así como en una diversidad de movimientos sociales?, ¿Cómo se relacionan con la *cultura popular* y los medios de comunicación?, ¿Qué hay de las mujeres en los aún masculinizados mundos del arte y de la ciencia?, ¿Qué tipo de relación construirán los intelectuales con el gobierno de Enrique Peña Nieto? Necesitamos investigación empírica para desechar o confirmar las lecturas “necrológicas” de esta *rara avis* que algunos autores han declarado como una especie en peligro de extinción.

Los y las intelectuales no son un colectivo como los sindicatos, y por razones biográficas y de *modus operandi*, es difícil meterlos en una clasificación que haga abstracción de una diversidad de circunstancias históricas, género, filiaciones y fobias políticas. El reto de estudiar a los intelectuales implica el análisis de cuestiones intergeneracionales, porque no se sabe bien a bien qué va a pasar en México cuando muchos académicos abandonen la universidad como consecuencia del envejecimiento demográfico ¿Cómo contrarrestar los embates del pensamiento único y la pirotecnia posmoderna? En ese sentido las próximas décadas serán decisivas para confirmar o desechar las teorías posmodernas de la intelectualidad mexicana.

No ha sido intención de este trabajo encontrar el *Hilo de Ariadna* que de con la salida del laberinto, sólo pretendemos justificar la necesidad de una especialidad académica en una época compleja llena de amenazas dada la falta de interés e imaginación sociológica. Vivimos en una sociedad global donde la ciencia (así como el campo del arte) sin autonomía se vuelve cada vez más peligrosa; por tanto, es hora de que los intelectuales tengan en la sociología de los intelectuales un satélite que vigile e investigue los peligros potenciales que presentan cuando han perdido las coordenadas de una modernidad mexicana posbicentenario carente de redefinición y espíritu socrático.

LITERATURA CITADA

- Aron, R. 1955. **El opio de los intelectuales**. Ediciones Leviatán. Buenos Aires, Argentina.
- Babb, S. 2003. **Proyecto: México. Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo**. FCE. México.
- Bartra, R. 1997. **Cuatro formas de experimentar la muerte intelectual**, en Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros (compiladores), *Los intelectuales y los dilemas políticos del Siglo XX*, FLACSO-Triana Editores, tomo 2, México, pp. 481-485.
- Bartra, R. 1993. **Oficio mexicano**. Grijalvo. México.
- Bauman, S. 2006. **En busca de la política**. FCE. México.
- Bauman, S. 1997. **Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales**. Universidad Nacional de Quilmes Editorial. Buenos Aires, Argentina.
- Bourdieu, P. 2003. **Cuestiones de sociología**. Ediciones Istmo. Madrid, España.
- Bourdieu, P. 2003. **El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexibilidad**. Anagrama. Barcelona, España.
- Brunner, J. J. 2002. **La obligación del mercado**, en *Nexos*, núm. 295, México, pp. 33-40.
- Cansino, C. 2005. **El evangelio de la transición. El escandaloso video de la democracia**, en *Metapolítica*, Vol.9, núm.40, México, pp.97-110.
- Cansino, C. 2005. **El ágora secuestrada: intelectuales y poder en México**, en *Metapolítica*, Vol.8, núm.39, México, pp.4-6.
- Castañeda, F. 2004. **La crisis de la sociología académica en México**. Coedición UNAM-Miguel Ángel Porrúa. México.
- Coser, L. 1980. **Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo**. FCE. México.
- Charles, S. 2006. **El individualismo paradójico. Introducción al pensamiento de Gilles Lipovetsky**, en Gilles Lipovetsky y Sébastien Charles, *Los tiempos hipermodernos*, Anagrama, Barcelona, España, pp.11-49.

- González, A. 2005. **¡Que se mueran los intelectuales!** Joaquín Mortiz. México.
- Gouldner, A. 1985. **El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase.** Alianza Editorial. Madrid, España.
- Krauze, E. 2004. **Introducción. El intelectual filotiránico**, en Mark Lilla, Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política, Debate, Barcelona, España, pp.13-20.
- Lipovetski, G. 1986. **La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo.** Anagrama. Barcelona, España.
- Marinoff, L. 2006. **El ABC de la felicidad: Aristóteles, Buda y Confucio.** Ediciones B. Barcelona, España.
- Meyer, L. 1995. **Liberalismo autoritario. Las contradicciones del sistema político mexicano.** Océano. México.
- Monsivais, C. 1997. **Los intelectuales y la política**, en Laura Baca Olamendi e Isidro Cisneros (compiladores), Los intelectuales y los dilemas políticos del Siglo XX, FLACSO-Triana Editores, tomo 2, México, pp. 461-480.
- Neiburg, F. y Plotkin, M. 2004. **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina.** Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Paoli, F. J. 2002. **Conciencia y poder en México. Siglos XIX y XX.** Miguel Ángel Porrúa. México.
- Redondo, J. 2006. **El nacimiento de los intelectuales**, en La aventura de la Historia, año 8, núm. 93, España, pp. 57-61.
- Reyes, J. 2004. **Eduardo Subirats. El pensamiento amenazado**, *Reforma*, México, 19 de septiembre.
- Roura, V. 2004. **Codicia e intelectualidad.** Lectorum. México.
- Subirats, E. 2006. **La existencia sitiada.** Editorial Fineo. México.
- Tenorio, M. 2002. **Disquisiciones desde un búnker universitario**, en *Nexos*, núm. 295, México, pp.53-58.
- Touraine, A. 2000. **Crítica de la modernidad.** FCE. México.
- Trejo, R. 2002. **El espejo mediático**, en *Nexos*, núm. 295, México, pp. 51,52.
- Velasco, D. 2004. **La contribución de Pierre Bourdieu**, en *Metapolítica*, Vol. 8, núm. 33, México, pp. 37-48.
- Wright, Ch. 1972. **La responsabilidad política de los intelectuales**, en Gabriel Careaga (coordinador), Los intelectuales y el poder, México, SEP/SETENTAS, pp. 23-40.
- Zaid, G. 1997. **De los libros al poder.** Océano. México.

Alberto Valdes Cobos

Doctor en Ciencias Agrarias por la Universidad Autónoma Chapingo (UACH). Realizo sus estudios de licenciatura y maestría en Sociología Rural en la UACH. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo del Departamento de Estudios Culturales, Demográficos y Políticos de la Universidad de Guanajuato, campus Celaya-Salvatierra. Ha publicado una diversidad de artículos de temática sociológica. Es miembro del Cuerpo Académico en Formación: Género y políticas públicas para el desarrollo social y humano. Correo electrónico: cobos_alberto@hotmail.com

Teodora Hurtado Saa

Licenciada en Socióloga desde 1996 por la Universidad del Valle, Cali, Colombia. Maestra en Población con Especialización en Población y Salud desde 2005 por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), México. Doctorado en Estudios Sociales en la Línea de Estudios Laborales desde el 2011, por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Iztapalapa. Principales líneas de investigación: Género y Políticas Públicas; Movimientos Sociales y Población; Población y Salud; Género, Migración Trabajo y Sexualidad; Trabajo “No Clásico” e Identidades Étnicas/Raciales. Profesora Asociada Tiempo Completo de la Universidad de Guanajuato, campus Celaya – Salvatierra.

Rocío Rosas Vargas

Doctora en Ciencias con especialidad en Desarrollo Rural (Área de Ciencias Sociales) por el Colegio de Postgraduados. Especialidad Género: Mujer Rural. Maestra en Ciencias en Sociología Rural por la Universidad Autónoma Chapingo y Licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Baja California. Actualmente es Profesora Investigadora de la Universidad de Guanajuato en el Departamento de Estudios Sociales, campus Celaya-Salvatierra. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores y es profesora con perfil PROMEP. Tiene más de 13 artículos publicados en revistas arbitradas especializadas, así como capítulos de libros publicados en varias instituciones académicas del país. Ha impartido talleres con

perspectiva de género en diversos ayuntamientos de Michoacán y Sinaloa. Responsable del Cuerpo Académico: Género y políticas públicas para el desarrollo social y humano.